

# MARTÍN FIERRO



## LIBERTADOR

Ser ó no ser, jamás fué para él, como para el trágico, problema pavoroso: no le intimida la muerte ni la desea; la vida ni le seduce ni le pesa, y en la alta serenidad de su mente las mira con igual indiferencia. El oro no tiene para él tentaciones, nunca lo preocupó. La gloria no le atrae, ni le deslumbrá; él es superior á ella.

Ama la libertad: toda la libertad, la suya y la ajena; no concibe unos derechos y unos deberes, sino la plenitud del derecho y la plenitud del deber.

En donde él comparece y los encuentra cercenados, protesta, evangeliza, inflama la multitud con el verbo de su apostolado, la arrastra, arma á los desposeídos, y al rellejar de su espada fulgurante, más temible después de cada revés, lleva sus legiones por entre lagos de sangre, por sobre ruinas y hecatombes, á la victoria sin nombre del derecho sobre la fuerza.

Como el dios de las leyendas orientales, crea de la nada, hace la luz, fulmina, habla de entre la zarza ardiente, cruza en un carro de fuego deslumbrador por entre las gentes asombradas.

Cuando asienta 'el pie en las nubes de la cumbre, impone á los pueblos redimidos la libertad intolerante, sin compromisos ni remiendos, la que arrasa el templo y levanta la escuela; la que silencia los embaucadores; la sublime atea que le reconoce y le respeta á la vida todo lo que es de ella; lo que es del cerebro, la razón; lo que es del corazón, el amor; lo que es del vientre, el hambre. La que tala la maraña primitiva, riega el suelo con la sangre de los rezagados rebeldes, y desde el zénit, sol sin ocaso, calienta al amor de sus rayos los venideros gérmenes, y hace brotar de la calcinada tierra las razas nuevas.

CÉSAR ZUMETA.

**"LA EXPOSICIÓN ARGENTINA"** ALSINA 1640 \*  
 \* BUENOS AIRES

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO — CASA DE CONFIANZA

Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

CIGARRILLOS

**"TRES CORONAS"**

HABANOS

**G. San Germier**

POR CINCO PESOS

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras.

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle LIMA, 1165 — BUENOS AIRES

**AGENCIA RISSO**

ESMERALDA y CANGALLO

\* BUENOS AIRES \*

**I. Bonansea**

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle MORENO núm. 990

— BUENOS AIRES —

**Justino B. Lamarque**

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle ARTES núm. 543 — BUENOS AIRES

**Pinturería y Ferreteria del Comercio**  
 POR MAYOR Y MENOR

DE JOSUÉ BENZONI

Surtido general de Ferreteria, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — BUENOS AIRES

**LOS OBREROS** Casa fundada \* en 1884 \*

FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTICULOS PARA TRABAJADORES

Calle DEFENSA núm. 619

NOTA: Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo

**SOCIEDAD ANÓNIMA DE PINTORES**

Se encarga de todo trabajo perteneciente al ramo de pinturería, como blanqueo, empapelado, decoracion, letreros y avisos de propaganda. Dirigirse al administrador: E. Parada.

735 - CALLE DEFENSA - 735

**A. Franchi & Cia.**



Introduutores

DE Máquinas

de Coser

Velocipedos

y Armas

DE

Todas Clases

Agentes de la acreditada máquina de coser

"SINGER"

Calle CUYO, 1121

# MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE  
OFICINAS: Calle LIMA núm. 487  
DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I BUENOS AIRES, 12 DE MAYO DE 1904 NÚM. 11

## LA GUERRA Y LA CIVILIZACIÓN

La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia, tirana. La justicia sin la fuerza es desolada; la fuerza sin la justicia, despreciada.  
PASCAL.

**L**A historia demuestra que nunca se abandonó un error y se aceptó una verdad pacíficamente, ni tampoco se conservó ésta sin la protección de la fuerza; y si esta afirmación se halla comprobada por el estudio de la vida de la humanidad, si todos los pueblos sin distinción de cultura, religión ni régimen la han evidenciado, ha de reconocerse su indiscutible verdad.

Los filántropos que sueñan en la paz universal, como los utopistas que confían en el exclusivo poder de la idea, viven, pues, fuera de la realidad de la vida, y su trabajo, por más que reconozcamos su buena fé, es pernicioso, porque sólo produce la prolongación de la justicia si es fuerte, y el desconocimiento de la justicia si es débil.

Si una ley permanente existe en la historia es esta: toda idea se establece por la imposición, no por la persuasión. Tertuliano pudo decir en el segundo siglo del cristianismo "somos de ayer y ya nos extendemos por todo el mundo," creyendo que pronto el mundo iba a ser cristiano, y sin embargo sólo cuando tuvo la fuerza cuatro siglos más tarde, con el emperador Constantino, pudo imponerse, no el cristianismo, sino el catolicismo. Lo que consigue la idea por su propia bondad es generalizarse, adquirir partidarios, y éstos, por su número y su organización, adquieren fuerza, con ella luchan, combaten las preocupaciones y los intereses creados que se le oponen, y por último se imponen á consecuencia de una batalla decisiva.

Guerra y civilización son, pues, dos términos aparentemente contradictorios, pero que muchas veces se explican recíprocamente, dándonos el uno la razón del otro.

"Las batallas, dice Pi y Margall, han sido muchas veces una necesidad en el mundo. Se las cree todas hijas del capricho, ya de los reyes, ya de los pueblos; pero injustamente. En muchas se han hallado frente a frente dos principios. La civilización ha luchado con la barbarie, la idea con la realidad, lo porvenir con lo pasado. Las revoluciones y las reacciones no son más que batallas: ¡sabéis por qué las hay en los pueblos? Llevamos la contradicción en el espíritu: ¿cómo no ha de parecer en los hechos de la humanidad y el hombre? Hé aquí por qué vivimos separados en bandos y remueve la guerra el suelo de las naciones."

La paz y la guerra vienen representando los dos polos de la historia; cuyos verdaderos nombres son el *derecho* y la *fuerza*. Entre dos polos gravitan el mundo moral y el mundo físico: como que de su contradicción nace la armonía y de su antagonismo el equilibrio. El secreto de la actividad social no es otro que esa perenne contradicción, y ese antagonismo constante que así se revela en la naturaleza como en el hombre, en el hombre como en la familia, en la familia como en las sociedades. Vida de luchas incesantes en todas las esferas, vida sembrada de obstáculos á través de los cuales el progreso se realiza de un modo penoso, pero constante. La idea lucha á veces con la fuerza, y es la fuerza misma la que asegura su dominación; porque á la postre ésta viene á convertirse en su esclava, pero no sin haber recibido la terrible sanción de los combates. En cambio, la fuerza que se revela en toda su plenitud en la guerra, no puede destruirse si no se destruye también la libertad necesaria á la realización del progreso. Dentro de esa vasitima esfera se mueve el hombre con toda su grandeza y la humanidad se desarrolla más ampliamente.

Cuando una civilización no guarda equilibrio con la fuerza, si no desaparece por completo, queda oscurecida, como consecuencia de su propia debilidad. Por esto Grecia sucumbió al poderío romano. Roma y la civilización latina cayeron a los empujes de los bárbaros; así cayó en España el poderío godo, lo mismo que el caduco imperio de Oriente, y así pesó sobre la Italia del Renacimiento el azote de una doble invasión. Así se explica el fracaso de Polonia y la humillación de la Francia corrompida por el régimen imperial ante la fuerza avasalladora de los ejércitos prusianos.

El ideal del mundo antiguo, que era la conquista, lo rea-

lizó Roma por la fuerza y por la guerra. Tenía por objeto este ideal la fundación de una gran unidad material, la unidad de todos los pueblos bajo la dominación de Roma, la reunión de todos los cultos en el Panteón, de todas las sectas en el Foro, consiguiendo sólo positivamente la amalgama de todos los vicios que transformaron la Roma de los Césares en un lupanar. Pero sobre aquella unidad absorbente tomaba asiento una idea civilizadora, un nuevo derecho, para el cual habían abierto camino las lanzas del legionario, la inteligencia de los capitanes que juzgaron sus provincias y la de los consules que les dictaron leyes; así llevó á gran parte de la tierra un régimen municipal, sus costumbres y sus artes. Y antes de que esto se realizara, las naves del errante fenicio que lleva la civilización egipcia á las playas griegas, y la heroica expedición de Alejandro á través de las misteriosas regiones del Asia, preparan en Oriente el advenimiento de una nueva edad. Y obsérvese que si la guerra concluye á veces con una civilización, no es sin que á su vez ésta triunfe de la fuerza y se imponga á sus mismos dominadores. La corrupción asiática alcanzó á los griegos y los vicios de Oriente á los romanos, preparando en Occidente el camino que juzgaron sus primeras avanzadas, sometidas al civilizador yugo latino, transforman sus usos al poco tiempo de caer sobre el imperio. Es de ello ejemplo patente el pueblo godo, á quien cupo estable dominación en España. Posteriormente y ya en pleno Renacimiento, Italia, invadida á la vez por franceses y españoles, falta de unidad, combatida por sus príncipes y sus repúblicas, cubierta de ruinas y de sangre, pero radiante de esplendor y de belleza, donde brotan con el Renacimiento todos los gérmenes de la vida moderna, se impone á sus conquistadores, españoles y franceses, se impone á Europa, dicta á todos sus usos y costumbres, les deslumbra con sus obras maestras y su refinada cultura, y salvando los enaerugados campos, se ensenorea de las cortes del Mediodía. Entonces España dirige á un nuevo mundo sus carabelas conducidas por un hombre de genio y si tras él el espíritu aventurero hace á la virgen América presa de perturbadores elementos, entrega á la civilización un nuevo continente, abriendo ilimitado campo á la actividad humana.

Es evidente que la paz es una aspiración, un ideal, que si algún día llega á realizarse, será únicamente cuando la Sociología haya dicho su última palabra respecto á la teoría de la sociedad, y cuando la Revolución haya cumplido su misión de imponerla á la práctica; y una vez más, y acaso sea la última, aunque no nos atrevamos á prejuzgarlo, la fuerza será servidora del derecho y derecho y fuerza, será una misma cosa que presente dos fases distintas, porque el antagonismo que les separaba habrá desaparecido en la unidad de la justicia.

Dice Guizot: "El derecho no es nada cuando no se cuenta con la fuerza para que prevalezca." Tan tremendas palabras, que parecen inspiradas por el cinismo de un saltador de caminos encierran una solemne lección, y si los luchadores actuales la olvidan caerán en un ridículo quijotismo.

Es necesario definir el derecho; pero no menos necesario es armarse y organizarse para imponerle y, si conviene, conservarlo. Lo contrario es pisotear el derecho inspirados por miserable debilidad. La injusticia cometida pacíficamente existe por todos los ámbitos de la tierra y prolongándose á través de las generaciones es un mal infinitamente mayor que un campo sembrado de cadáveres y una ciudad en ruinas: la primera es el mal viviendo sujeto á método y sistema y sin fin probable; lo segundo es la tempestad, á cuyo fragor tiembla la naturaleza, y después ejerce saludable y benéfica influencia. Victor Hugo, luchando como hombre de imaginación, con opuestos sentimientos, exclamó un día: "¡Deahonremos la guerra!" Después comprendió su error y escribió: "No se pone la paz debajo de la fraternidad; la paz es su resultado: no se decreta la paz, como no se decreta la aurora."

En resumen: Si el pensamiento indicó la vía que el progreso debía seguir, la guerra desbarbó el camino arrancando intereses y preocupaciones, y lo hasta aquí sucedido irá sucediendo hasta que la sociedad encuentre perfecto asiento. La guerra, pues, es un auxiliar del pensamiento, y condenaría en absoluto es anular á la vez el pensamiento y renunciar al progreso.

A. L.

# CLÁSICOS CRIOLLOS

## El Desierto

(Fragmento de "La Cautiva")

*His cont. L'esperce est grand.*

Hugo.

Era la tarde, y la hora  
En que el sol la cresta dora  
De los Andes.—El Desierto  
Inconmensurable, abierto,  
Y misterioso á sus piés  
Se estiende;—triste é semblante,  
Solitario y taciturno  
Como el mar cuando un instante  
Al crepúsculo nocturno,  
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra  
Su inmensidad, y no encuentra  
La vista, en su vivo anhelo,  
Dó fijar su fugaz vuelo,  
Como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades  
Del ave y bruto guaridas;  
Doquier cielo y soledades  
De Dios sólo conocidas,  
Que él solo puede sondar.

A veces la tribu errante  
Sobre el potro rozagante,  
Cuyas crines altaneras  
Flotan al viento ligeras,  
Lo cruza cual torbellino,  
Y pasa; ó su toldería  
Sobre la grama frondosa  
Asienta, esperando el día  
Duerme, tranquila reposa,  
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,  
Sublimes y á par sencillas,  
Sembró la fecunda mano  
De Dios allí!—¡Cuanto arcano  
Que no es dado al mundo ver!  
La humilde yerba, el insecto,  
La aura aromática y pura,  
El silencio, el triste aspecto  
De la grandiosa llanura,  
El pálido anocheecer.

Las armonías del viento  
Dicen más al pensamiento  
Que todo cuanto á porfía  
La vana filosofía  
Pretende altiva enseñar.  
¿Qué pincel podrá pintarlas  
Sin deslucir su belleza?  
¿Qué lengua humana alabarlas?  
Solo el genio su grandeza  
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nitida frente  
Reclinaba en Occidente,  
Derramando por la esfera  
De su rubia cabellera  
El desmayado fulgor.  
Serenó y diáfono el cielo,  
Sobre la gala verdosa  
De la llanura, azul velo  
Espancaba misteriosa  
Sombra dando á su color.

El aura, moviendo apénas  
Sus olas de aroma llenas,  
Entre la yerba bullía  
Del campo, que parecía  
Como un picélago ondear.  
Y la tierra, contemplando  
Del astro rey la partida,  
Callaba, manifestando,  
Como en una despedida,  
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero  
Relinchaba un bruto fiero  
Aquí ó allá, en la campaña;  
Bramaba un toro de saña,  
Rujía un tigre feroz.  
O las nubes contemplando,  
Como extático y gozoso,  
El Yajá de cuando en cuando  
Turbaba el mudo reposo  
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
Que el vasto horizonte ardía,  
La silenciosa llanura  
Fué quedando más oscura,  
Más pardo el cielo, y en él,  
Con luz tremula brillaba  
Una que otra estrella, y luego  
A los ojos se ocultaba,  
Como vacilante fuego  
En soberbio chapitel.

El crepúsculo, eutretanto,  
Con su claroscuro manto  
Veló la tierra; una faja  
Negra como una mortaja,  
El occidente cubrió:  
Mientras la noche bajando  
Lenta venía, la calma  
Que contempla suspirando,  
Inquieta á veces el alma,  
Con el silencio reinó.

Entónces, como el ruido  
Que suele hacer el tronido  
Cuando retumba lejano,  
Se oyó en el tranquilo llano  
Sordo y confuso clamor;  
Se perdió... y luego violento,  
Como baladro espantoso  
De turba inmensa, en el viento  
Se dilató sonoro,  
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
Del ágil potro arrogante  
El duro suelo temblaba,  
Y envuelto en polvo cruzaba  
Como animado tropel,  
Velozmente cabalgante;  
Viáanse lanzas agudas,  
Cabezas, crines ondeando,  
Y como formas desnudas  
De aspecto extraño y cruel,

¿Quién es? ¿Qué insensata turba  
Con su alarido perturba  
Las calladas soledades  
De Dios, do las tempestadas  
Sólo se oyen resonar?  
¿Qué humana planta orgullosa  
Se atreve á hollar el desierto,  
Cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
En sus yermos á buscar?

¡Oid!—ya se acerca el bando  
De salvajes atronando  
Todo el campo convecino.  
¡Mirad!—Como torbellino  
Hiende el espacio veloz  
El fiero impetu no enfrena  
Del bruto que arroja espuma;  
Vaga al viento su melena,  
Y con ligereza suma  
Pasa en ademan atroz.

¿Dónde vá? ¿De dónde viene?  
¿De qué su gozo proviene?  
¿Por qué grita, corre, vuela,  
Clavando al bruto la espuela,  
Sin mirar al rededor?  
¡Ved! que las puntas ufanas  
De sus lanzas, por despojos,  
Llevan cabezas humanas,  
Cuyos inflamados ojos  
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje  
Al indomable coraje  
Que abatíó en alevosía;  
Y su rencor todavía  
Mira con torpe placer  
Las cabezas que cortaron  
Sus inhumanos cuchillos,  
Exclamando:—«Ya pagarou  
Del cristiano los caudillos  
El feudo á nuestro poder.

«Ya los ranchos do vivieron,  
Presa de las llamas fueron,  
Y muerde el polvo abatida  
Su pujanza tan erguida.  
¿Dónde sus bravos están?  
Venga hoy del vituperio  
Sus mujeres, sus infantes,  
Que gimien en cautiverio,  
A liberar, y como antes  
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decía; y bajo el callo  
Del indómito caballo,  
Crujiendo el suelo temblaba;  
Hueco y sordo retumbaba  
Su grito en la soledad.  
Mientras la noche, cubierto  
El rostro en manto nubloso,  
Echó en el vasto desierto  
Su silencio pavoroso.  
Su sombría majestad.



AQUELLA noche, después que su novio,—el rico y fastuoso negociante en coches,—se hubo despedido con la habitual reverencia glacial y exacta de siempre, Lidia había quedado pensativa, junto á la mesa del comedor, frente á la estufa, donde ardía, chisporroteando y esta-

llante, el generoso *coke*.

¿Qué pensamiento de melancolía podía preocupar á esa cabecita rubia, alegre y risueña á toda hora, y que, á guisa de *bibelot*, parecía solo hecha para servir de adorno en lujosa sala ó en la mesa de trabajo de caprichoso artista?

Y bien se conocía que lo que trabajaba en aquel cerebro era una idea triste. Como abismada en un recuerdo,—recuerdo de dichas muertas,—la mirada permanecía fija. El gesto de la boca, deformado por la presión de la cara al apoyarse en la mano sostenida por el respaldar de la silla, era doloroso, y se diría que una pena honda había asaltado aquel espíritu, haciéndolo reflexionar por la primera vez.

¡Oh poder del recuerdo! ¡Oh tirano! ¡Cómo invades, posesionándote y dominando todo el ser! Así has llegado en esta ocasión también, avasallador, único, absoluto, autócrata, á sacudir un corazón que dormía...

\* \* \*

Sin embargo, se decía monologando en silencio, el culpable ha sido él. Es un impetuoso y un loco. Nunca me hizo caso. Decía que pensaba por mí; y no supo darse cuenta de que yo no era una voluntad. ¡Y que, antes que la suya estaba la de mi madre! Por allí debió empezar. Y no lo hizo. Y un día ella, mi madre, me impuso el olvido. Y ese día yo tuve para él una frase de debilidad en mi cariño. Y él, que era el impulso en la acción, echó el ídolo á tierra, lo arrojó del ara de un golpe y se paró, altanero, á contemplar la obra. Enseguida huyó.

Y ha sido mi pasión y es mi cariño. Y así caeré en brazos de otro cayendo en los suyos. Porque estoy saturada de él, vivo de él, soy de él. Pero yo no soy una voluntad. Y antes que la de él está la de mi madre ¡y ella es la que me impone marido!...

Y la hermosa cabecita rubia se dobló sobre el cuello, quedando largo tiempo recostada, como en actitud suplicante...

ALBERTO GHIRALDO.

## IDEAS

**V**ENUS Y LAS BESTIAS MENORES.— Cuando el grande escultor Praxiteles hubo terminado la estatua de Venus aproximándose á las olas, quiso conocer la impresión que su obra causaría en el ánimo de los animales.

Para ello puso á la diosa en una especie de huerto, ocultándose allí cerca, en un bosquecillo de laureles. Pudo así sorprender los diversos comentarios que ella arrancaba.

Un cisne fué el primero en acercarse á la diosa. Y, viendo la mirada, dijo: ¡Eres sorprendente y divina!

Un perro olió el mánmol y se atejó porque ningún otro perro le había precedido.

Un alegre chivo de un salto se puso sobre el plinto. La cornamenta del barbado animal daba á la altura de las armoniosas caderas.

El chivo estornudó tres veces. Era su manera de decir que se encontraba entusiasmado.

Un ruiseñor se puso á cantar un himno á la hermosura.

Un pavo real abrió el abanico de su cola.

Una raposa guiñó el ojo.

Y, finalmente, un cerdo se puso á gruñir furiosamente.

La opinión del cerdo fué que la estatua del grande escultor Praxiteles era una verdadera porquería.

II.—Murallas que cae y fortaleza que se abate; gloria de los grandes imperios; descarga de la nube que sufre para partir el rayo, ¿no es todo eso cada latido de tu corazón, hermano mío?

III.—La voluntad no es otra cosa que la transformación del deseo. En lucha con los obstáculos del mundo exterior, el deseo de tomar furtivamente el fruto de un árbol, v. g., para lo cual debéis evitar la vigilancia del sembrador, salvar una cerca, etc., se transforma por un verdadero proceso mental en un impulso de acción. La voluntad no reconoce otros impulsos que los deseos bien sugeridos por necesidades orgánicas, bien por ideas. Cuando la lucha no

se libra en el mundo exterior, sino dentro de nosotros, puede ocurrir que determinado deseo combata contra la propensión de ciertos prejuicios é ideas. El violento amor á una mujer ajena, es contenido por el temor al peligro, á las sanciones penales, por consideraciones de muy diversos orígenes. En tales circunstancias las ideas de d-ber, temor, etc., se transforman en deseo opuesto al que queréis contener, mientras éste, por su parte, suele transformarse en ideas y por consiguiente acaba por perder terreno y debilitarse.

Empezaréis en tal caso por experimentar cierta contrariedad. El primer deseo, ya en vías de ideación, hará reservas mentales, os tratará de imbécil, pero acabará por ser vencido, por perder su violencia, su tendencia á la acción. Vencido ó no, él despierta la idea de *poter*, asociada á estados anímicos de lucha. Y de este doble juego de resistencias, la resultante elevada á la categoría de abstracción, se dará á sí propia el pomposo título de voluntad. La lucha entre *querer* y no *querer* realizar un acto dado: dos fuerzas A B. La resultante X, ¿no es esta la supuesta facultad? Quien entre dos deseos encontrados ó más de dos los hallara de una misma fuerza y en un mismo plano, permanecería eternamente en equilibrio y acabaría por negar la voluntad.

IV.—¿Significa algo el hombre en la creación? ¿Tiene alguna importancia sus afanes, sus obras, sus orgullos? Naves del mar, imperios de los continentes, vuestra existencia no significa más que el rumor de la ola pasajera ó el de la abeja que chupa una flor.

V.—Padre é hijo—el niño solo tiene tres años—consumplan en un arsenal de guerra una reluciente ametralladora.

El pequeñín, de lindos ojos, dirigiendo su dedito á la máquina, interroga:

... Papá, papá, ¿éstos son los *chiches* con que juegan los hombres?

VICTOR ABRGUINE.

# EL 1.º DE MAYO EN LAS PROVINCIAS

## Crónica ilustrada

**ROSARIO.**—Como siempre el elemento obrero de esta localidad, ha respondido á la fecha que el proletariado universal conmemora como revolucionaria y anunciadora de triunfos.

La manifestación organizada por la Federación Obrera, fué espléndida. Formaron la columna que desfiló en triunfo por las calles del Rosario, más de ocho mil hombres miembros de las siguientes agrupaciones:

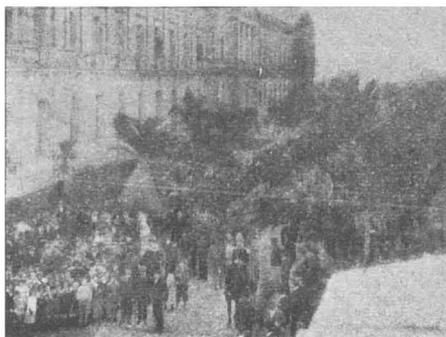


Villa Constitución.—Frente al local obrero

Federación Obrera, Fideleros, Estivadores, Trabajadores en Madera, Zapateros, Unión Pintores, Guincheros, Foguistas, Marineros y Maquinistas, Obreros herradores, Oficios Varios, Albañiles de Resistencia, Alpagateros, Constructores de Carros, Conductores de Carros, Repartidores de pan, Yerberos, Empajadores de damajuanas, Yezeros, Trabajadores en mimbre, Herreros de camas, Sastres, Centro

columna las sociedades de resistencia, Estivadores del Puerto de Colastiné, el grupo de Paraná junto con el cuadro filodramático de dicha localidad, sociedad de resistencia Obreros Panaderos, Sociedad Obreros Unidos, Centro de Estudios Sociales y los grupos del Paso Santo Tomás, y estación Recreo, colonias vecinas á Santa Fe.

A las 10 partió la columna recorriendo el siguiente trayecto: por calle Humberto I hasta San Martín, de ésta á



Rosario.—La columna en marcha

Moreno, San Jerónimo y San Juan hasta la plaza San Martín, donde hicieron uso de la palabra los obreros Rodríguez, delegado del Rosario y Baudraco de Paraná. Después siguió la columna por la calle 9 de Julio hasta Rioja dirigiéndose al Centro de Estudios Sociales para disolverse allí.

Por la tarde se acompañó á los estivadores en corpora-



El grupo infantil

Union peluqueros, Unión Tabaqueros, Dependientes de Comercio, Federación de Fundidores (sección Rosario), Hojalateros y gasistas, Unión obreros panaderos y un grupo de tipógrafos.

Llegada la columna á la plaza Santa Rosa, hicieron uso de la palabra los obreros Basso, Vázquez, Quiros, Leiva, Cames, Dupret, Seña, Bilbao, Acha y los niños Luis Sócrates y José Mees, del grupo infantil, que recitaron poesías alusivas al acto.

Por la noche tuvo lugar en el teatro Olimpo, uno de los mas amplos locales públicos conque cuenta el Rosario, una hermosa velada á la que prestó su valioso concurso el cuadro filodramático "Luz y Vida". La velada fué todo un éxito.

**SANTA FE.**—He aquí los datos que recibimos de nuestro corresponsal. Día 1.º á las nueve a. m., manifestación de protesta. Punto de reunión: Plaza España. Forman la



En la Plaza Santa Rosa.—Durante los discursos

ción hasta Colastiné donde hablaron los obreros Rodríguez, Lavagnino, Baudraco y otros. A las 8 1/2 de la noche gran velada de arte social por el cuadro filodramático "In Arte Veritas".

**VILLA CONSTITUCION.**—Gran entusiasmo reinó también en esta localidad. Hubo un peregrino incidente del que surgió, tan entera como ridícula, la personalidad del jefe político que pretendía prohibir el meeting organizado si al par de la bandera roja los obreros no enarbolaban la azul y blanca argentina.

Felizmente, cuando la ocurrencia prometía degenerar en grave incidente llegó una orden oportuna dada por el ministro de gobierno que se hallaba en el Rosario, permitiendo la manifestación sin la exigencia del patriótico jefe.

Dirigieron la palabra al pueblo los oradores Ilucha y Helios.

# "ALAS"

## Drama en tres actos de Alberto Ghirardo

**G**IRON de vida, manajo de ideas.

He aquí *Alas*, la primera y reciente producción dramática de Alberto Ghirardo.

Escrita por un artista rebelde á trilladas sendas, amplio de ideales y rico de sentimiento, necesariamente y de todo punto de vista, *Alas* debía destacarse del turbion de obrecillas con que, salvo rarísimas excepciones, revelan su total ó semi impotencia, tantos autorzuellos de esta tierra.

Buena ó mala, única como idiosincrasia artística, es decir, anárquica. Y claro está que no en sentido bana ni vocinglorio. Pero lo de mala huelga y lo bueno no basta, porque en mi sentir es muy buena, tanto más cuanto el artista se corrobora á sí mismo. Afirma al poeta el escritor; el orador afirma al poeta y al escritor; el dramaturgo afirma los tres modos de exteriorización artística, es decir, la personalidad por mi encontrada — tiempo hace — al ocuparme de uno de sus libros.

El autor de *Alas* no es un tramoyista ni siquiera una parodia de araña, al parecer supremo ideal de muchos autores contemporáneos y digo muchos cuando quizá debiera decir la mayoría.

No hay en *Alas* tejas, desteyes, ni vueltas á tejer. El arte vigoroso y sano, el arte de ideas que tiende al mejor cumplimiento de la vida — la más grande de las finalidades humanas — por su propia conservación debe huir de los procedimientos de novelón por entregas, del sarcoidismo donde toda realidad es quimera, donde cada personaje es un títere, donde el arte solo es embocada. Teatro que vive solo de la curiosidad aguijonada en el público, satisfecha la curiosidad, perece. Y entender á las claras. Que esto no implica deba desarrollarse una obra en forma que á cada instante vaya el espectador adivinando el final. Creo, de necesidad, si hacia un arte superior quiere marcharse, que la escena debe interesar por sí misma, libertad de todo preconcepto, como un hecho de presente, del momento, antes que por sus consecuencias que luego, de todos modos, será presente. Y no habiendo perdido nada se ganará todo, pues que se habrá logrado la unidad completa, sobrentendida la relación entre escenas. Teatro de ideas, no es teatro de impresión, no puede serlo nunca si en pos de tal objetivo se va. Algo más útil, más íntimo y por tanto más persistente que la impresión pura, debe ser el vínculo de unión entre el espectador y el drama. Por otra parte el predominio de la curiosidad, de intento provocada, el ansia de lo subsiguiente, que acusa pequeñez mental en el espectador, no puede ser ni el móvil ni el objetivo del teatro de ideas que en circunstancia alguna debe confundirse con el pasatiempo vulgar. La marcha ávida tras la simple peripetia desvirtua cuando no anula los procedimientos de arte — está en completa contradicción al teatro de impresiones, pues que no es posible, y disparate fuera afirmarlo, — el dualismo en la atención del espectador. La armonía deberá buscarse en cada escena. Y esa será la armonía del conjunto. Y á no caer en juegos de palabras, figuras ó ideas; que ojos perfectos, y óvalo perfecto y nariz y boca ídem, pueden dar un rostro monstruoso, por imbecilidad ó malicia.

He creído, ó por mejor decir creo entrever en *Alas*, grandes analogías con el ya expuesto modo de arte. Cada escena un girón de vida; ora reflejo de observación, ora manifestación de sentimientos ó ideas. La grande dificultad del artista consiste en que las escenas, libertadas las unas de las otras, formen un total armónico, tal en la vida real de una multiplicidad de hechos resulta una suma de acción en que se concentran todos sin negaciones mutuas. Y esa dificultad, resultante venciada por Ghirardo, tanto mas cuanto que *Alas* al par que obra de escenarior, es obra de lectura. Hecho que sin mayores comentarios permite ratificar mis afirmaciones.

Y vamos á la obra, sencilla como un reflejo de la vida, bella, como que va rumbo del más bello ideal que ha concebido el hombre y porque en la pura belleza artística abrevia, ya que ante ninguna especie de público se inclina, halagando una pasión ó tentando la sorpresa de un efecto. Va sólo como una concepción libre que cumple su propia existencia. Y este es el pensamiento, la enseñanza, la entraña de la obra: cumplir la vida.

Y al levantarse el telón vamos á Oscar en momentos en que cumple la suya propia.

Libertando con sus manos un grupo de pájaros prisioneros, dice:

"¡Libre!... ¡Libre como ellos!... ¡Que este vivir nuestro, así, siempre con las alas cortadas, no es vivir! (Teniendo uno de los pájaros en la mano y contemplándolo) ¡Oh! ¡Que deseo! ¡Qué ansia! ¡Cómo palpita la carne viva! ¡Qué temblor de alas! Cada pio-pio, es un grito de libertad, de vida, que lanza el pecho. ¡Ve á los aires! ¡Ve á la vida! (Lo deja escapar) ¡Manos gloriosas! ¡manos mías!"

Tal es Oscar, filósofo y poeta. Más tarde, complementando estos conceptos que de un golpe le pintan, un cantor popular, dará el nuevo relieve.

La escena se desarrolla durante una tarde de primavera en un sitio de recreo en los alrededores de Buenos Aires. Las gentes que la ciudad asficia, en pos de aire más puro y fresco, en paseo que busca olvido, salen todos felices y, tristes, simpáticas y grotescas. Por eso en este acto hay una pareja cómica. Así en la vida. Junto al que sueña está el que rie, el que llora ó gruñe. Hasta las cosas pueden ser protagonistas en nuestra vida. Y es en esta ocasión cuando Oscar conoce á Angélica, pobre calda, más triste que otras

porque su espíritu comprende y es delicado. ¿Ser de excepción? ¡Quién penetra tanto las almas que pueda encontrar el llanto en las sonrisas más plácidas? Te vez hay un más sonrisas que lloran, que sonrisas, realmente tales. Víctima del medio y directamente de su familia, Angélica con todo su ser ha ganado el pan del hogar. Carne de taller primero, carne de subasta luego. La historia de millares de vidas puede encerrarse en esas palabras.

"¡Triste Angélica! Su corazón, flor abierta á toda la luz del sentimiento, vióse condenado á marchitarse entre las sombras, cual los corazones muertos, muertos aún bajo la luz del sol. Un niño hermoso, pero enfermo, florecilla que la ciudad agosta, Mauricio, hermano de Angélica, será punto de partida de las relaciones de esta con Oscar. ¿Como? Natural y encantadoramente.

Tal es el primer acto. Diríase casi desligado de la obra, si en el no se delinearan los caracteres de los personajes, si en él, como en la vida, que el modo de arte de Ghirardo trata de reflejar, no se produjese esa emoción, á las veces fugaz, á las veces indeleble, porque asiendo la vida, en ella se f nde y palpita, mientras existe.

Y paso sobre frases, sobre escenas, llenas de sentido y observación. No puedo detenerme en detalles al considerar el conjunto.

La acción del segundo acto desarróllase un año y meses después, en el dormitorio de Angélica. ¡Cuanta alegría y dolor en ese tiempo! Amor descendió del sueño á la realidad.

Oscar y Angélica se adoraron. Pareció cumplirse en ellos un ideal. Soñó ella, ¡cuánto soñó su ilusión! ¿Podía entonces la dicha ser un hecho sin término en tanto palpita la vida en el ser? ¡Siempre vana la esperanza! La dicha solo subsiste por la pena que á la vez solo por la dicha existe. Ave de paso, marchóse Oscar á la montaña en que moraba. La ciudad terminó su obra destructora: Mauricio murió.

Ahora, la miseria, la execrable que el hombre maldice y no observa perpetua, en pugna con la tierra y el trabajo fecundado sienten encierres nuevamente en el hogar, mas desgraciado todavía por circunstancias especiales.

Un hijo de Angélica ha sido llevado á la casa de expositos. Doña Gertrudis, su madre, mígale el derecho de ser madre. Y Angélica venciada, Angélica que ha cedido, que siempre ha cedido — integralmente se ha sacrificado al hogar — Angélica, al fin se rebela.

En violento dialogo: "Mala hija" le dice la madre. Y Angélica contesta: "No; diga usted mala madre y estará en lo cierto". La escena es digna de un experimentado dramaturgo. Así hasta el fin.

Vigorosamente resalta el poder de la idea. El amor de madre en nombre del cual se rebela Angélica no hubiera bastado para libertarla, como no bastaron los sus ansias, todas las amarguras del pasado. Sin la idea — clarividencia de la vida — ¡no vemos en todas partes, en todos los ambientes al amor sojuzgado en sus diversas manifestaciones, prisionero de los prepotentes ó de la propia inconciencia? La fuerza que transforma á Angélica, producto es de un concepto nuevo que dignifica, tornándola capaz de cumplir la propia vida, libertándola. La filosofía nueva que aparece como encarnada en Oscar, ha fructificado en Angélica, como fructifica siempre que es comprendida. Sentimientos nuevos, delicadezas adormidas en el fondo de su ser, despiertan por el amor envuelto, más por la idea impulsados. Es otra. Quiere cumplir la propia vida, el propio valor reanuda su ser.

Ave recién libertada pone su esfuerzo en volar muy lejos. ¡Atrás el pasado de renunciamiento, y de vergüenza! Cumplirá en toda su amplitud la vida.

Y á raíz de la cruel escena entre la madre que regaña, ordena y suggestiona, y la hija que al fin se ha mostrado abiertamente rebelada, sorprende á Angélica el aviso que Oscar ha llegado á la ciudad.

El mismo de siempre, dice la amiga que trae la nueva. Angélica contesta: "Consideras tú que lo hecho puede explicarse?"

¿Qué ha hecho ella de su hijo? El hijo de él. El hijo cuya paternidad no se atreve á revelar. Todo un pasado la está escarneciendo. Y sin embargo...

Y este segundo acto, el mejor quizá, por su realismo y su fondo, por la intensidad de acción, por el vigor de las escenas y armonía del conjunto, termina magistralmente.

Angélica con su amiga acaba de marcharse al encuentro de Oscar. Resuelta está á ser libre. No cree flaquear. Juaniita, su pequeña hermana queda sola en escena, entristecida por lo que vé y por lo que acaba de oír, pues en ella ha desahogado Angélica su angustia y su ternura. Tiene en sus manos una cuerda de saltar. En plena alegría sorprendióla la tristeza. Habla al fin. Y sus palabras diríanse ser á la vez que la expresión del propio sentimiento, la estercoreización del sentimiento que el acto, produce en el público. Dice: "No se que tengo... Esto triste... Triste... muy triste... ¡No juego más!" Arroja la cuerda y, llorando en silencio, se aleja despacio con las manos en los ojos, mientras el telón cae lentamente.

El tercer acto en síntesis es una larga escena de amor y confidencia, excepción sea hecha de algunas escenas secundarias. El desenlace, conocidos los sentimientos y los caracteres de los protagonistas casi podría preverse, puesto que es profundamente humano: la unión de dos vidas que, complementándose, van en pos del propio cumplimiento.

¿Que esta previsión menoscabara el efecto en el público? De ninguna manera. También en la vida prevenimos y vemos con satisfacción ó ansiedad según sea la suerte, que nuestras previsiones se cumplen. Y eso nos interesa siempre. Por lo demás bueno es que la obra de arte se desarrolle con la mayor libertad posible. Cuantos menos moldes mejor. No hay más leyes inmutables que las de la naturaleza. Por un efímero efectismo no hay que sacrificar nada. Por otra parte, dándose tanta importancia a lo imprevisto del desenlace, ocurriría que la más perfecta de las obras una vez conocida, perdería en relación á esa importancia. Lo que de todo panto de vista es absolutamente falso.

En mi concepto el valor artístico del último acto reside en la naturalidad de las escenas, y especialmente en los conceptos vigorosos que vierten los personajes. Hay sen-

timiento, hay idea, originalidad de expresión. Diríase que el autor por boca de su personaje lanzara en una síntesis orientadora, toda la nueva filosofía.

Y Angélica, que liberó la idea, como Oscar con sus manos liberó en el primer acto los pájaros prisioneros, dice, dirigiéndose a su amiga: "¡Puedes bien, ocuacha mi revelación... El mundo está lleno de jaulas cerradas. Abramos todas sus puertas; mejor dicho: ¡rompamos esas jaulas! ¡liberemos la vida!..."

Y cuando cae el telón, sobre dos frases más, cae lentamente, mientras allá en la calle cruza la voz de un cantor...

Reminiscencia... recuerdo del primer encuentro que llega como una caricia á sellar un beso de unión...

CAMILO DE COUSANDIER

## CRÍTICA LITERARIA

UNA señora vieja con quien suelo encontrarme en sociedad, nerviosa y locaz, murmuradora implacable, después de difamar á todas sus relaciones, cansado ya su espíritu de esa gimnasia perversa sobre el honor ajeno, se refocosa sus secos labios con la lengua—á la manera que Ugolino se chupa el bigote sangriento de roer el cogote del arzobispo Kuggeri—y luego exclama sonriente de satisfacción: la crítica corrige á la sociedad.

Creo esta viejita arpa que denigrar es criticar, que la crítica consiste, no en investigar y comparar la bondad y la belleza de las cosas, sino en exagerar los defectos y faltas con irvectivas venenosas.

Hay escritores que tienen el espíritu maligno de esta viejita, y pretenden justificar la difamación literaria con la utilidad que se atribuye á la crítica técnica y sincera.

Mucho se ha discutido si es de alguna utilidad la crítica literaria. Unos sostienen que es inútil porque la creación de la obra la precede, como la inspiración precede á la reflexión, y por consiguiente, no la debe nada, no colabora en la ejecución de la obra ni en su concepción. Otros defienden la crítica diciendo que es la conciencia del arte, que si la crítica no hace el genio, puede servirle de guía. Ricardon, de quien extracto estas ideas, define la crítica literaria en estos términos: la crítica consiste en analizar la obra de un escritor, explicarla por sus causas y juzgar su valor estético.

El análisis de la obra es el primer acto de la crítica. Como la obra debe expresar ideas y sentimientos, la crítica literaria debe ser primero psicológica. Después del análisis psicológico viene el análisis estético. No ha llegado todavía el momento de juzgar; se trata de estudiar la manera como el autor ha desarrollado esas ideas y sentimientos. La crítica debe penetrar hasta el alma de la obra que estudia para apoderarse de la idea generatriz y del

sentido verdadero. El egoísmo intelectual suele oponerse á que la crítica sea imparcial. Para librarse de sí mismo, es preciso que el crítico, con modestia y humildad, sea verdaderamente afectuoso. Con estas cualidades podrá identificarse con el alma del autor, vivir su vida, penetrar las ideas y experimentar las emociones. Es preciso estimar al autor para comprenderlo bien. La inteligencia no es sino una forma de la simpatía. De esta manera, sin resoluciones premeditadas, sin opiniones preconcebidas, sin sistemas ni escuelas, puede comprender, distinguir y explicar las tendencias más opuestas, los temperamentos más contrarios.

A pesar de todo, los escritores han reclamado con persistencia el derecho absoluto, derecho indiscutible, de idear, de imaginar, de observar con arreglo á la concepción personal que tienen del arte. El talento proviene de la originalidad, que es una manera especial de pensar, de ver, de comprender y de juzgar. Soy un decidido partidario de este derecho. Creo que debe dejarse á cada alma que irradie su luz como tiene hasta el último estúpido el derecho de reproducirse. Si es criminal agredir gratuitamente á un transeunte ¿cómo no la serlo agredir á un libro, que también es un alma de tránsito?

Felizmente para el sentimiento de Justicia, este delito también tiene su castigo: por efecto contraproducente se convierte en excitante del genio y hace brillar lo que quiere oscurecer, produce esa excitación de que nos hablaba Zola cuando se traga un *sapo*, como llamaba él á las críticas groseras. Nunca trabajo tan bien—dice—como cuando el *sapo* es particularmente feo y lleno de veneno. Es algo como un latigazo en todo mi ser cerebral, una impulsión que me levanta y me hace sentar ante mi mesa de trabajo con el furioso deseo de tener genio.

OLVALDO SAAVEDRA.

## DESDE LA ESCUELA

ME acuerdo que cuando nuestro profesor de historia general, siendo yo muy niño, nos explicaba las guerras entre los pueblos, los cadáveres que quedaban sobre el campo de batalla y la desolación de los lugares arrasados por la ola del exterminio vengador, yo no podía comprender el por qué de aquellos degüellos de los hombres contra los hombres. Y una vez, aterrado, le pregunté al maestro:

— Señor, pero, ¿por qué motivo se matan los hombres?

— Porque antes, los unos injuriaron á los otros.

Me dije entonces que no injuriaría á nadie, no fuera cosa que si alguno, en vez de convencerme que yo no tenía motivo para injuriar, me matase.

Y porque no se pudieran entender—agregó mi domine satisfecho.

Seguí diciéndome: procuraré entenderme con los hombres para que no me asesinen.

— Y porque los romanos odiaron á los griegos, los turcos á los cristianos, los franceses á los alemanes.

Y pensé para mí: si soy romano no odiaré á los griegos, y si nací en Turquía querré á los cristianos y si los alemanes no me quieren les amaré y me querrán, porque si no, será hombre muerto. He de preguntar en mi casa en qué tierra he nacido para no odiar á los de otras tierras, ni á los de la mía...

— Y porque Napoleón quiso ser grande, así como lo llegó á ser, hizo la guerra á todas las naciones para conquistarlas—continué mi buen educador.

Seguí pensando: yo no querré ser grande ni chico para no conquistarse ni ser conquistado, en cuyas dos cosas perdere la vida.

Y más díjome mi maestro:

— Y porque esta sabido que todo hombre debe defender su patria, morir por ella...

Yo no tendré patria para que no me maten—me dije silenciosamente.

— La patria que es el lugar donde hemos nacido... cuatro metros tenía la casa en que nací.

— La patria que es la nación donde todos hablan lo mismo...

En España se habla en vasco, en gallego, en catalán, en valenciano, en castellano...

— La patria que son nuestros intereses, nuestras cosas nuestras propiedades...

¡Ay! Cuando nací yo no tenía cuna y ahora duermo sobre suelo; el pan nunca nos alcanzó, y, á veces á mi padre no le pagaban en el taller, lo que hacía que mi madre fuese á vender alguna silla, algún vestido negro...

— Además—concluyó mi domine de aldea—es necesario que, de tiempo en tiempo, se maten los hombres, porque si no, ¿cómo haríamos para vivir tantos?

Me quedé espantado. Con que, entonces, ¿nos mataba como á lobos que se multiplican en el monte ó á hormigas que se reproducen con peligro de las huertas? ¿Sería cierto lo que decía el maestro? ¿Y no me tocaría á mí ser uno de los tantos llamados á ser degollados por estar demás? ¡Qué horror me daban los hombres! Y, ¿cómo cuando explicaban moral y doctrina cristiana, se nos decía que todos los hombres nos debíamos amar y ser como hermanos, porque así lo manda Dios por boca de Jesús? Sin embargo, me acordaba también que los regimientos tenían dos capellanes, dos curas, dos representantes de Dios, los que tenían que predicar que fuésemos todos hermanos, y sin embargo iban á la guerra, al lado de los hombres que mataban á los hombres... porque eran muchos los que estaban demás en el mundo. ¡Estaban demás! ¿Y por qué? ¿Porque no había pan para todos? No, no era posible: á la escuela venían dos chicos hijos de ricos; en el recreo comían naranjas, queso, dulce, chocolate y pan, mientras los otros, los pobres, que éramos siete ú ocho, les mirábamos comer... En nuestras casas nada nos daban, porque no podían darnos! Luego, ¿nosotros estábamos demás ya, y se nos mataba? Podíamos comer los nueve ú diez ricos y los siete pobres—con lo que tragaban aquellos que faltaban á clase de seis días cuatro por estar indigestos; que venían en invierno forrados con dos camisas, una camisa, una trikota, el chalco, la chaqueta y el gabán, cuando nosotros tirábamos bajo la mala blusa que solamente llevábamos, precisamente, viendo á los dos ricos que todos los días se cambiaban de trajes lo que indicaba que tenían una buena porción de ellos. No, no estábamos demás; lo que había era que unos se indigestaban de hartura, como aquellos dos condiscípulos nuestros, y otros pecábamos de languideces, empalidecíamos sobrados de necesidad.

Desde entonces, supe porque había pobres.

Lo que aún no llegué á comprender es porque subsisten los ricos...

FÉLIX B. BASTERRA.

Los magistrados del Poder Judicial, son muy severos en la China, lo mismo que en todos los países civilizados.

En Pekin había un juez llamado Tio Kin, que era un modelo en el ejercicio de su ministerio.

Sabía de memoria todos los códigos del Celesto Imperio y recetaba todos los artículos de la ley con una precisión admirable.

Me parece que lo veo, sentado en su tribunal, con su fisonomía rechoncha, los ojos diminutos a la moda del país; la cabeza afeitada y la coleta tiesa como un rabo de zorro.

Varios personajes rodeaban el estrado, y le ayudaban en la administración de justicia.

Sus fallos eran inapelables. Cuando pronunciaba sentencia, el Secretario había un gran libro amarillo, en el que estaban ya redactadas, para mucho tiempo, las fórmulas de ley, y no había más que llenar los blancos, así como se llenan las matriculas de los peones contratados en nuestras comisarías de Policía.

Cierta día compareció ante el juez un pobre chino, a quien se acusaba de haber robado y comido un huevo.

El magistrado se revistió de la mayor gravedad, y le interrogó así:

—¿Como te llamas?  
—Kin Fo.  
—¿Por qué te comiste ese huevo?  
—Porque tenía hambre.  
—Pues bien: la ley es muy clara a este respecto. Escucha tu sentencia: "Todo el que robe alguna cosa, por pequeña é insignificante que sea, será castigado con la pena de muerte", Artículo 3.º del Código Verde. Te condeno á la horca, administrando justicia, etc.

El secretario abrió el libro amarillo y llenó cuatro vacíos con estas palabras: Kin-Fo--Huevo-Horca.

El reo dió un golpe sobre la mesa, para llamar la atención del juez, y le mostró una pluma de pavo.

Era la insignia de los mandarines. El reo era, pues, un Mandarín, y esto no lo había advertido á tiempo el magistrado.

El doctor Pio Kin, se rascó la cabeza, como hombre que no sabe que hacer y al fin dijo:

—Estas "eyes del Celeste Imperio son tan intrincadas, que bien puede dispensarme el Señor Mandarín que está presente, acusado por una pequeñez, que me medite un momento sobre su causa.

Meditó un rato, el chino gordo ó hizo que meditaba, y declaró que, aunque la ley hablaba del robo en general, no encontraba en ella ningún artículo referente al robo de huevos, lo cual significaba: que no había castigo alguno para esa falta, y, en consecuencia, administrando justicia etc., le declaraba absuelto.

El secretario volvió á abrir el libro amarillo, tachó la palabra Horca, puso Absuelto.

Con qué facilidad se hacen estas cosas en la China!

El juez, entre tanto, se decía para su coleta: ¡Qué plancha habría hecho yo si hubiera condenado á ese Mandarín de tres colas!

Aún no se había retirado este del juzgado, cuando fué acusado también de haberse robado la gallina que puso el huevo anterior.

El magistrado sudaba frio. Ya el delito era más grave! Como transigir! Sin embargo, muerto de miedo, escarbó el código y encontró un artículo que decía: "Al que se apropiare de animales ajenos, como gallinas, patos, cerdos, etc., se le cortará la cabeza".

El reo confesó su delito, con gran disgusto del juez que hubiera querido que lo negara.

¿Que hacer pues! La ley era terminante. Tio Kin, recordaba que algunos mandarines, habiéndose sido ajusticiados en otra época y aunque la mano le temblaba un poco, firmó la sentencia.

Pero, al levantar la vista, observó con asombro que el reo tenía pendiente del cuello el botón de cristal, símbolo de los grandes chambelanes del imperio.

Inmediatamente se pusieron todos de pie ante el sindicado y le saludaron con el más profundo respeto. Sólo el secretario, que era algo miope, y estaba ocupado por la tercera vez en enmendar la sentencia demoró algo en levantarse y doblar el espinazo.

Pasado el primer momento de sorpresa volvió el juez á registrar el código, estudió mejor el caso y declaró, citando en su apoyo la opinión de notables juristas chinos, que aquello de "se le cortará la cabeza", que constataba en la ley, se refería indudablemente á la cabeza del ave robada, nunca á la del ladrón, por lo cual supplicaba á éste tuviera la bondad de decapitar á la gallina, para satisfacer á la vindicta pública.

El secretario se puso los lentes, abrió el libro amarillo, borró y escribió por la cuarta vez.

Pero, es el caso, exclamó el reo, sacando la corona de príncipe imperial y poniéndosela en la cabeza, que como el dueño de la gallina me impediera despojarle de su propiedad, yo le maté enseguida.

El personal del juzgado le hizo una profunda reverencia en tanto que el portero, impuesto de lo que ocurría, corrió á izar la bandera amarilla, en el balcón del palacio, para que supiera el pueblo de Pekin, que un príncipe honraba la mansión con su presencia. Y cuando estuvo izada,

vino trayendo el almoadón de seda y el dosel de púrpura para el hijo del soberano; pero ya éste salía gravemente de la sala entre dos filas de altos dignatarios encorvados hasta el suelo y precedido por el magistrado que rompió á marcha tocando el gong.

Sólo el secretario andaba algo rezagado, motivo de haber tenido que romper, cuidadosamente para que, no se notara, la página 314 del libro de las sentencias.

Al día siguiente, cuando se instaló el tribunal fué denunciando un vendedor de the, que no se había prosternado cuando salía el príncipe del palacio de justicia.

Y, por supuesto, lo ahorcaron, porque la justicia es muy severa en Pekin...

¡Qué cosas las que pasan en la China! dirán mis lectores. Sí, digo yo; parece que pasaran aquí.

JACK THE RIPPER.

—Este árbol estorba, dice el gañán; hay que cortarlo.  
—¿Tiene una copa tan hermosa!—responde el propietario.

—Y el tronco carcomido.  
—A su sombra descansaron mis padres y mis abuelos; simboliza las tradiciones seculares de mi familia.

—Se caerá solo.  
—Además, al cortarlo podría caer sobre la casa y destrozar la pajarera y desconchar la fachada.

—Se caerá de todos modos.  
—Quedará aquí un hueco muy feo. Todas las fincas tienen un árbol centenario, como todas las naciones tienen ejército, marina y clero...

El gañán se aleja refunfuñando.  
La frondosa copa se agita movida por el viento. Las hojas castañetean como si las hiciera temblar frio de muerte.

El tronco ruje y se parte.  
¡El árbol cae y destroza el palomar, derrumba la casa y mata al dueño!

Ecós del 1.º de Mayo



—¡Por caridad, señor médico! atiéndalo Vd. inmediatamente.  
— Señora, la policía asegura que el herido formaba parte de los manifestantes revoltosos.

Lo atenderé como Vd. desea pero tendrá que dar el parte correspondiente y entonces pasará al hospital en calidad de preso. Como Vd. comprenderá no puedo faltar á mis sagradas obligaciones profesionales....

—! ! ! ! !

**A**tazar, y después de cortísima friega, que dejaba el aire todavía lleno de aterradoras resonancias, quedaron en la esquina de la calle un sable roto y una de dos pobres alpargatas que debieron pertenecer á algún osado de los que, con tan grave riesgo para sí, se dieron, por aquellos días, á la defensa de ideales.

En el desamparo de la calle, turbando apenas el silencio que sigue á los grandes estrépitos, el diálogo de ambos simbolillos era interesante. Decían:

*La alpargata alsable*—Habeis estado duro, señor mio.

*El sable á la alpargata*—Me movieron con dureza manos que no entendían de razones.

*La alpargata*—Ni á mí tampoco se me alcanza bien porque salí á la calle, qué buscaba en ella, qué luchas me involucraron, finalmente, qué ha aprovechado venir á parar desanzurrada y triste á este rincón.

*El sable*—Creo yo que ambos, hermana, somos ineluctabilísimas criaturas.

*La alpargata*—Y no es el vuestro creer de lince, señor sable, sobretodo si atendemos solo al lamentable aspecto de nuestra rota actual. Pero no nos abatan las desgracias, ni del daño presente exprimamos la hiel con que envenenarnos para el resto de la vida, que ese es achaque de biliosos, ó á lo más de críticos, pocas veces dados á la inspección serena de las cosas. Vos, señor sable, aunque perniquebrado, parecísme galán mozo. Yo, bien que el exterior aspecto no sea muy pomposo, hago de buena compañera. Los dos podemos hablar y explicarnos nuestros casos.

*El sable*—Poco entiendo de hablar, señora mía; yo que desde niño solo instrucción de gimnasta he recibido, como si me prepararan para exhibirme en circo. Así, pues, hablad vos, que yo os escucho, y se me engendran, entretanto, las razones.

*La alpargata*—Pobresoy; baja he nacido; corta vivo; miserable sufro; desamparada me combaten. Ni he solicitado el vivir, ni mi vida me parece otra cosa que satisfacción de ajenas necesidades. Lucra conmigo mi padre que me vende, mi amo que me explota y después me arroja inútil, el traperero anónimo que conmigo chalanca, el que fabrica papel y me aniquila ó el que escribe sobre él y me zahiere. Paria soy en la tierra, y no puedo quejarme. No es mi vida para mí; ni mis fatigas me aprovechan. Por eso rara vez sirvo con gusto y á los dos días de vivir, ya parezco vieja y han perdido su tiesura y elegancia mis facciones. Andan por ahí diciendo que también yo tengo derecho á vivir; que puedo ser una alpargata libre (y aun algunos dicen que «debow»); que á nadie, sino á mi propia, corresponde el fruto de mi trabajo; que el haber botas y alpargatas no es decir que las alpargatas deban ponerse al servicio de las botas, sino, cada una en su terreno, que trabaje para sí; que no es el mundo tuyo ni mio (y me parece natural y llano sino de todos y bueno para todos; que ha acabado el vivir unos sobre otros y que vuelve el vivir sobre la tierra, etc., etc.). Dicen esto por tan diversos modos los que lo dicen y tantas razones hallan para probarlo, que en miles de años que han comenzado á decírlas no las tienen agotadas todavía. Nadie les contradice formalmente, y, ya que lo hagan, es por modo tan convencional y falto de sinceridad, que lo pobre, rutinario y hueco de sus razones, traicionan su falta de convicción. Es curioso de observar que ni nuestros propios verdugos y señores, niegan ya la razón que nos ampara. Los ves mantener conciliábulos ellos con ellos y dirigirse algunas veces á nosotras, siempre aparentando que buscan nuestro bien. Ya hemos llegado al contentar con palabras, que es llegar al punto capital de las cuestiones. Pues si de lo que nos rodea queremos sacar argumentos, vemos á la juventud gallarda y abierta, combatir por nosotros; al ejército sacerdotal de artistas y filósofos, hacer nuestra causa; á las naciones avanzadas, ponerse de nuestro lado; á la gente de periódicos,

ateneos y academias, llevarnos y traernos constantemente y dotarnos de incógnita (que es, hasta ahora, nuestra dote única), para motejarnos de problema. Se nos hace materia de estudio como si en las hambras valieran silogismos. Y á tal razón hemos llegado de la controversia, que cuando todos se preocupan de nosotras, y nos señalan el camino y nos leen la doctrina, casi habría parecido descortesía de nuestro lado, no entrar también en la disputa y no tomar en ella parte activa, que al fin por solo nosotras es, y nadie mejor que nosotras mismas para entender en ella. Salimos, pues á plaza muy rumbosas; recortamos á la ambición las alas, al pedir dejamos en mantillas; lo de innovación y de reforma, queda reducido á parcas alteraciones; nuestro pretender es modesto; nuestro reivindicar, tres varas por debajo de lo que los sociólogos pretenden. Lo de «no es tan fiero el león» parece dicho de nosotras y, á pesar de todo, ¿creerás que hemos sido oídas? ¿gimnagias que, halagados de nuestra generosidad, han cedido á concedernos lo poco que pedíamos, si quiera como hábil traza, con que hacernos olvidar de lo mucho que se nos debe?—Tras consentir que los demás dijeran que teníamos derecho de esto y de lo otro (cosa que no pueden impedir por dos razones, la primera porque no saben y la segunda porque les faltan fuerzas para esconder la luz), cuando á nosotras se nos ha ocurrido ejercer un poco de este derecho, sin razón de más y solo porque sí, nos han tapado la boca con libras de plomo y á los zonzos que se levantaban para pedir, han sabido arrancarlos de su encaje; que es más fácil segar vidas que destruir sentencias, y con más prontitud se deja manco á un hombre que se le quita una idea, nacida libremente en su cabeza. No han discutido con nosotras, sino reñido. No se ha tratado de apaciguarnos, sino de deshacernos. No se ha buscado la razón de nuestra actitud, sino su término. Esto ha pasado; esto pasará; esto no tiene remedio, mientras á la sociedad se le conceden facultades, para el crimen, que en el individuo repugnan; mientras la fuerza sea una base del gobierno, y mientras nosotras, alpargatas, en nuestro desamparo, pidamos, y vosotros, sables, negueis, en vuestra arrogancia sin razón.

*El sable*—Movidos vamos, pobre muchacha, por manos en quienes la única razón, es la obediencia.

*La alpargata*—Lo sé, lo sé; ni á vosotros os guardo rencor aunque vuestra desaparición me parece necesaria.

*El sable*—Yo la vería con buenos ojos. Cada día la sangre me repugna más; comprendo que los tiempos van cambiando, que ya las desordenadas pasiones no hacen á los hombres fieras cuando luchan, que cada vez es más alto el cráneo que abatimos y por más lleno de resplandeciente inteligencia, más criminal y torpe derribarlo.

*La alpargata*—Podrías dedicaros á grandes menesteres; segar el heno de perfume penetrante; amontonar en gavillas, el trigo de color de oro; hacer leña de los arboles secos, para alimentar el fuego en el invierno. Es necesario fundiros nuevamente.

*El sable*—Nos tendremos que separar.

*La alpargata*—Para reunirnos luego, en un mundo amigable. El brazo que ahora te mueve es hermano del pié que á mí me calza. En esto fundo grandes esperanzas. La violencia no puede durar. Vendrán triunfos de amor.

*El sable*—Quisiera abrazarte.

*La alpargata*—Es imposible ahora, que la sangre que llevas encima me repugna. En tu nueva existencia, después del trabajo, cuando huelas á hierba recién segada.

Y la pequeña agitadora, desplegada insinuante todo lo que en ella pudiera parecerse á gracia femenina. El sable soñaba con delicia en aquellos tiempos futuros del desarme....



Bella infiel que vuelves á tentarme con la misma sonrisa engañadora y con los mismos ojos que ya me perderían! Tu carta última, llena de los mismos juramentos que ocho años ha me hacías, viene á recordarme una página triste de nuestro viejo amor, tantas veces extinguido por tu ingratitud y tantas veces renacidas por mi locura.

Recordemos juntos, si así lo quieres; tu casa se encerraba en un marco perfumado de jazmineros en flor,—no tan lejos de la ciudad que tu belleza se viera privada de escenario, ni tan cerca de ella que los rumores de la multitud vinieran á interrumpir brutalmente la música de nuestros besos.

De la pequeña puerta rústica, oculta bajo la nevada olorosa de los jazmines, una senda estrecha descendía hasta las márgenes del Tieté, que corría cerca, claro y profundo, desparejándose en un lecho verdoso, entre arcos de vegetación; los bambúes lloraban largamente al viento de la tarde,—las ramas verdes caían pensativas sobre la corriente.

Fué en esa casa donde por primera vez me apuñalé tu infidelidad ¿te acuerdas? Tu boca estaba todavía llena de los besos míos, cuando la entregaste á otros besos.

Y yo lo ví, lo ví—como quien viera abrir su propia sepultura.

Por la senda estrecha que partía de la pequeña puerta cubierta de jazmines, entre los árboles que vieran el alboraz de mi fe, llevé mi desengaño y mi desesperación, mordíendome los puños, sin una lágrima, sin un pensamiento: idiotizado por mi agonía, tropezando en los troncos, como un beodo.

Tres días largos y tres noches,—¡oh! las noches cuán largas fueron sin el calor de tu cuerpo joven en mi lecho!—viví sufriendo y maldiciéndote.

Al cabo de ese tiempo, una paz suavísima llenó mi corazón. Teníalo como la casa en que muere una persona amada, después de salir el entierro, apagado el postrer lamento de los huérfanos del muerto carino: lo que había entonces era un silencio triste, señal primera de resignación y consuelo.

Después, llegué á reír de mi dolor, y desaparecí, por fin,

estrangulado por mi orgullo de hombre. Quise entonces castigarte con el espectáculo de mi indiferencia y fui á hacerte mi última visita.

Al entrar, quedé preso en tus brazos. No ví nada, no oí nada, no dije nada, porque una lluvia de besos me cubrió, tapándome la boca y los ojos y aturdiéndome. Sin fuerzas, luchaban mis brazos por apartarte: sin fuerza, mi boca procuraba morderte y ¡ay de mí! sólo podían abrasarte mis brazos y mi boca! Después, quedaste sonriendo, triunfalmente erguida ante mí, con irradiaciones de orgullo en el rostro, con los duros senos rompiendo las cintas del corpiño, con una expresión de soberano desafío en los ojos.

Y dijiste:

—¡No viste nada! te amo!

—Lo ví todo!—exclamé yo como un loco,—te ví en los brazos de un hombre, besándolo en la barba como una ramera.

—¡Te amo! No viste nada!

—Te ví, con los senos desnudos, estrujados por su mano bruta; te ví, reitorrada de voluptuosidad, desmayada de amor.

—No viste nada! Te amo!

—Te ví, con los ojos desfallecientes de placer y la garganta llena de gemidos...

—Te amo! No viste nada! No viste nada! Te amo! te amo!

—¡No ví nada! No ví nada! No ví nada! Y caí de rodillas y me arrastré en la tierra y besé la orla de tu bestido y confundí mi carne con la tuya.

Anochece. La claridad de la luna llena entraba por la ventana, espigando nuestra locura.

Y el rumor de nuestros besos desbordaba en la noche serena.

De ahí á poco.—¿te acuerdas?—salimos á pasear, á la luz de la luna, nuestra reconciliación y mi feliz deshonra. Y enlazados, apretaba yo tu cuerpo, estrechamente, como si quisiera hundirlo dentro del mío, para guardarlo por toda la vida.

Por las frondas del camino, se deslizaban las rayos de la luna. Y en tu faz pálida, á su claridad viva, brillaba una sonrisa de sarcasmo. ¿Qué importaba? Yo era como un convaleciente que renace

á la vida, después de haber llamado á las puertas de la muerte.

La delicia de vivir, ahogaba en mí todo recuerdo, toda sospecha, todo mal pensamiento; me asta á tu mentira desesperadamente y me mentía, también, á mí mismo. ¡No había visto nada! ¡No había visto nada!

Llegamos hasta la ribera del río. Cuantas veces, en iguales noches, fuimos á ver correr el agua, centelleante á la luz de la luna. Nos sentamos juntos en la hierba fresca bañados por el esplendor de la noche. Y la poesía de esa noche embriagadora penetró en nosotros, nos poseyó, nos venció, te dominó á tí misma, porque hasta en el fondo de tu alma mala, sofocó tu maldad! No mentían en ese momento tus ojos, que un claro velo de lágrimas cubría; no mentían en ese momento tus labios dulces y trémulos, palpitando bajo mis besos y ¡con qué desbordamiento de corazón, con qué sinceridad, con qué certeza de que procedía bien, te perdoné entonces! Mi alma salía de mí ser; te cubría como un palio y mi perdón y mi bendición te santificaban.

¡Oh! carne miserable! ¡Para que fuiste si habías de volver al día siguiente, de nuevo perdonando, olvidando de nuevo, de nuevo aceptando la deshonra de un amor que no es solo tuyo?

¡No! para quien ama no basta ser engañado una, ni diez, ni mil veces.

Y la prueba de eso, bella infiel, que vuelves á tentarme con la misma sonrisa engañadora y con los mismos ojos que ya me perderían,—la prueba de eso es que hoy, todavía, tu carta me llena los ojos de lágrimas y la carne de deseos, después de ocho años de ausencia, durante los cuales tu amor ha ido de amante en amante, como una moneda vulgar que circula de mano en mano!

RICARDO JAIMES FREYRE.

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

# BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

DE

## LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT

y CERVECERIA

SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES

### Rocca y Martinelli

MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

GRAN SURTIDO PERMANENTE

DE MUEBLES DE TODAS CLASES

Corrientes, 990 Buenos Aires

### Ghirardo & Cia.

EXPORTADORES DE HARINAS  
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS

Calle SAN MARTIN, 253

BUENOS AIRES

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: MONTECOR

## A. CABEZAS

UNIÓN 2112, (Avenida) COOPERATIVA, 717

Calle CUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

BUENOS AIRES

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

Recién inauguradas las Secciones de  
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS

LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE  
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO

CATÁLOGO GRATIS

"El Malacara" \* Almacen  
y Fiambrería

de Juan Vismara

Calle SERRANO, 102 esq. MUÑECAS  
BUENOS AIRES

FOTOGRAFIA

### REFFO

Defensa 861- Buenos Aires



### ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo

Conozca ó nó la música

\$ 90 CON PIFZAS  
E INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - CÍTARAS

Se reciben suscripciones a los periódicos quincenales "IL  
MANDOLINISTA" e "IL PIANO FORTE, de Turin.

PESOS 2.50 POR AÑO

CASA TONINI FLORIDA 470